

La Novela Film

Núm. 112

30 cts.



HEROÍSMO Y COBARDÍA
por Harry Carey (Cayena)

LA NOVELA FILM

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción

Administración

Cortes, n.º 651

BARCELONA

AÑO II

THE BAD LANDS 1925

N.º 112

Heroísmo y cobardía

COMEDIA DRAMÁTICA

interpretada por el
popular artista

HARRY CAREY (Cayena)



EXCLUSIVA DE
L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66 - Barcelona

LA NOVELA FILM

Prohibida la reproducción
Revisado por la censura

Heroísmo y Cobardía

Prohibida la
reproducción

Revisado por
la censura

HEROÍSMO Y COBARDÍA

TIPÓGRAFIA CATALANA - Vich, 16. - Tel. 1471 G. - BARCELONA

HEROÍSMO Y COBARDÍA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En 1870, en las tierras norteamericanas que se extendían al pie de las Montañas Rocosas, a todas horas surcadas por los veloces caballos de los indios, los aventureros que iban al Oeste en busca de fortuna jugaban a los dados con la Muerte.

A lo largo del camino de la frontera, una caravana avanzaba lentamente, siguiendo su peligrosa ruta hacia Potersville.

Diez millas más adelante, otra caravana más modesta se encontraba en situación algo comprometida.

Formaban esta última caravana un matrimonio y un hijo de éste.

Los rayos de una de las ruedas del carro entoldado flaqueaban y la duela de la misma amenazaba libertarse de su maridaje con la madera.

Mientras el padre procedía a la reparación de la rueda averiada, la madre cosía, sin dejar de

otear los caminos, y el hijo de ambos, Jacobito, muchacho vivo y simpático, para quien la penosa marcha por el desierto verde constituía la aventura más divertida del mundo, limpiaba el fusil de su padre.

Al terceto familiar que se encontraba junto al carro, reunióse, de pronto, el teniente Eduardo Owen, que acababa de abandonar la posición de West Point, lugar tranquilo y seguro, para agregarse al regimiento mandado por su padre, destacado en el Fuerte Summer.

La presencia de alguien en el camino, causó inmejorable efecto al teniente, que no las tenía todas consigo sólo de pensar que podían atacarle los indios.

Jacobito simpatizó con el joven militar, y como quiera que éste, fijándose con singular atención en la tarea a que él se entregaba con tanto cariño, le dijo, sonriéndole y adoptando un tono de guerrero acostumbrado a vencer:

—Este fusil no es mío, pero es como si lo fuera. Con él mi padre y yo haríamos saltar a muchos indios de sus caballos.

Al oír la palabra "indios", el joven teniente sintió el cosquilleo nervioso de un escalofrío.

"Indios" significaba "Muerte", y como él no estaba acostumbrado a ver el peligro de cerca, tenía un miedo cervical.

De modo que, ya que había encontrado "ami-

gos" en el camino, continuaría el viaje en su compañía...

Poco después de decidirse el teniente a esperar la reparación del carro entoldado para proseguir la marcha con la caravana, llegó hasta él el anuncio del peligro que tanto temía.

Los indios habían aparecido a lo lejos, y galopaban frenéticamente hacia donde sabían se hallaba la caravana.

El portador de la noticia fué Enrique Foole, sargento de caballería de un puesto avanzado, que, como Owen, se dirigía también al Fuerte Summer.

—¡Los indios vienen hacia aquí! ¡Hay que darse prisa!

Inmediatamente, el jefe de la caravana colocó la rueda en su eje, y partió el carro lo más rápidamente que pudo.

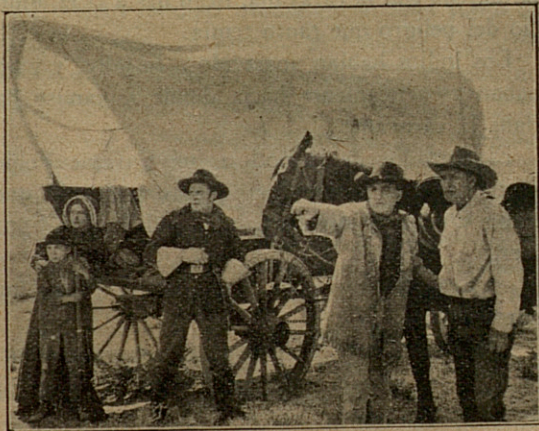
Pero ocurrió que los rayos no pudieron resistir la herida, la duela se escapó de la rueda, y el carro, por ende, al flaquear uno de sus puntales, se inclinó vencido hacia el suelo.

Fué preciso hacer frente a los indios, parapetándose los de la caravana y el sargento detrás del carro entoldado, a guisa de barricada.

El teniente no tuvo valor para imitar a su subalterno el sargento. El miedo que se apoderó de él fué tan espantoso, que decidió ponerse en salvo sin importarle la vida de los demás.

Montó a su caballo, y dijo al sargento, alejándose sin esperar la respuesta:

—Yo... yo... voy a buscar socorros...



—¡Los indios vienen hacia aquí! ¡Hay que darse prisa!

El jefe de la caravana apuntó su fusil en dirección del fugitivo, para derribarlo en justo castigo, pero el sargento, deteniéndole el brazo, le aconsejó que renunciase a ello.

—¡Es verdad que ese cobarde deserta, pero déjelo vivir! ¡Nos conviene reservar las municiones!

Los indios estaban a pocos metros de la caravana, y el tiroteo empezó encarnizadamente.

Mientras tanto, el grueso de la tribu de los pieles rojas atacaba a la otra caravana que se hallaba a diez millas de distancia, rodeándola, con ansia de dar muerte a todos y de incendiar los carros entoldados.

El sargento Foole, defendiendo a la modesta caravana, derribaba a varios enemigos, de certeros disparos, pero a pesar de que los indios tuvieron que renunciar a seguir dando batalla, al retirarse, muy diezmada, la patrulla, en el campamento improvisado quedaba muerto el matrimonio; habiéndose salvado milagrosamente el niño y el valiente soldado.

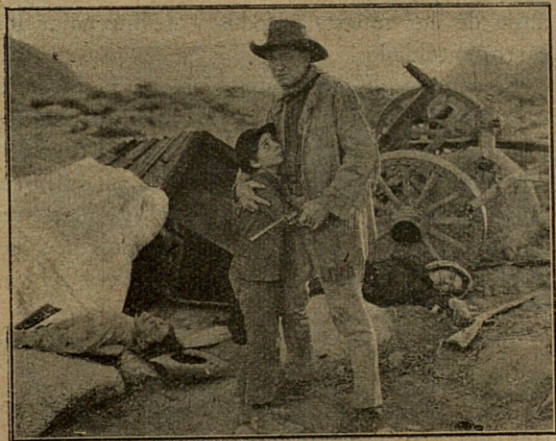
—¡Madre!... ¡Madre!—gemía Jacobito abrazado a la que ya no le podía oír.

Foole, emocionado, cogió al pequeño y lo estrechó contra sí, prometiéndole protección.

La frecuencia de aquellas tragedias había hecho que los Estados Unidos empezaran contra los indios una guerra encarnizada en el límite de sus fronteras, y el Fuerte Summer era el puesto más avanzado de los americanos.

El coronel Owen, pundonoroso militar, digno de todos los honores, mandaba, como se sabe, dicho Fuerte, y era considerado por todos sus oficiales y soldados, salvo raras excepciones inevitables, como un padre cariñoso.

Mary Owen, la hija del coronel, era una muchacha intrépida. Sentíase tan sola en la gran ciudad donde nació, que no había vecilado en



Foole, emocionado, cogió al pequeño y lo estrechó contra sí, prometiéndole protección.

reunirse con su padre en aquel lugar tan abundante en peligros y tan escaso en atractivos.

En alas del miedo, la gran vergüenza de su vida, el teniente Owen había llegado al Fuerte, sin que de sus labios, como se supone, saliese la menor palabra acerca del peligro que corría la

caravana que había dejado abandonada en el desierto.

Mary alegróse mucho de ver llegar al Fuerte, para largo tiempo, tal vez, a su hermano, y como tenían muchas cosas que decirse, trató de llevárselo consigo.

—Eduardo y yo vamos a ir dando un paseo hasta Potersville, papá—dijo Mary al coronel.

El coronel detuvo a sus hijos con el gesto, y buscó con la mirada a su segundo.

Este era el capitán Jorge Blake, alma de traidor, que, fingiendo interesarse por la causa de la civilización, se entendía secretamente con los indios.

—¿Quiere usted acompañar a Mary a Potersville? Necesito hablar con mi hijo—dijo el coronel al capitán.

Alejáronse Eduardo Owen y su padre hacia el despacho de éste, y el capitán, acercándose galantemente a Mary, pronunció, un tanto irónico:

—Siempre me ha rechazado usted, Mary, pero hoy no tiene más remedio que aceptar mi compañía. Son órdenes superiores.

Mary no contestó al capitán. Sentía por él algo parecido al odio. No lo podía remediar. Desde el primer momento su rostro le inspiró recelo, el cual aumentó cuando se atrevió a hablarle en forma que no quedaban disimuladas sus intenciones de enamorarla.

Pero, a pesar de todo, Mary no demostraba claramente que despreciaba al capitán, para que su padre no sospechase jamás nada.

Salió, pues, la joven, con el capitán, y en un momento de distracción de ella, el militar cruzó sus miradas con un mestizo, Carlos Querrils, que ejercía en las cercanías del Fuerte su profesión de espía de los indios.

—Le esperamos—parecía decirle el mestizo.

—Bien. Más tarde nos veremos—diríase que le contestaba el oficial americano.

En tanto, el coronel hablaba con el cobarde teniente.

—Los indios de “Nube Roja” continúan burlándose de nosotros. Hemos cogido a dos de sus exploradores y les hemos encontrado fusiles de los nuestros. Si no conseguimos detener este contrabando de armas, que no puedo sospechar quién lo dirige, me trasladarán por inepto. Por eso te he llamado, Eduardo: para que me ayudes. Otra ayuda he pedido también, para el triunfo de nuestra empresa. Y esa ayuda me es anunciada en esta carta que me manda el comandante del Fuerte Blythe.

Dicha carta decía:

Querido amigo:

Le envío al sargento Enrique Foole para que le ayude a descubrir ese contrabando de armas

que tanto le preocupa. Es uno de los mejores exploradores que hay hoy en el servicio, con un gran historial de éxitos. Conoce las mañas de los indios perfectamente. Mi opinión es que lo deje usted obrar con absoluta libertad.

—Este Foole—prosiguió el coronel—es el explorador que, valiéndose de la astucia, consiguió rodear a los indios en Cheyenne.

El teniente no sonreía ante la perspectiva de tener que encargarse de la delicada misión que su padre le confiaría para descubrir el contrabando de armas, y trataba de calmarse con la idea de que el sargento Foole, al que él no conocía por el nombre, se bastaría él solo en dicha empresa. Era Eduardo tan cobarde, que consideraba a todos más valientes que él.

En el paseo que estaba dando Mary ocurrió algo desagradable.

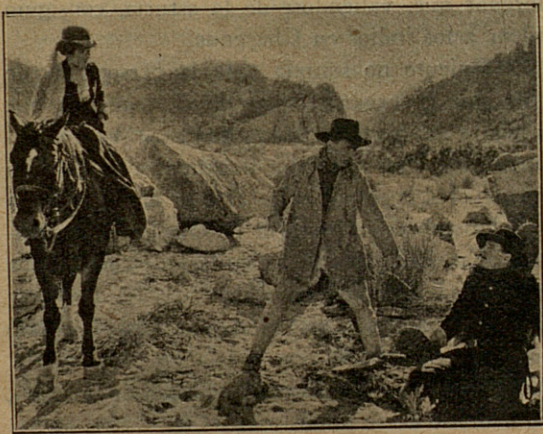
El capitán, aprovechando la soledad de la joven, osó hablarle de su amor.

Mary lo rechazó enérgicamente, pero el oficial, enojado por los continuos desdenes de la hermosa, la abrazó y quería besarla a la fuerza en los labios.

—¡Mary, estoy loco por usted, y no tolero que me siga rechazando por más tiempo! ¡Ahora estamos solos los dos aquí! ¡He de besarla, y la besaré!

Mary forcejeaba con el miserable, pero hubiese sucumbido, de no haberse presentado el sargento Foole, que iba vestido de paisano.

Foole apartó a Jacobito, que iba con él como si fuera un padre o un hermano mayor, y cogió por su cuenta al capitán.



Los dos hombres golpeáronse furiosamente.

—Parece que a la señorita no le interesa mucho conocer el sabor de sus besos.

El oficial midió a Foole, y no tan enérgico como hubiera querido, le contestó:

—Eso, a usted, puede tenerle sin cuidado,

—Eso, a mí, me importa más de lo que usted se figura. Y se lo voy a demostrar, para que no moleste más a esa señorita. Tome usted.

Los dos hombres golpeáronse furiosamente, mientras Mary emprendía rápida fuga, y el capitán, vencido por los férreos puños del sargento de paisano, mordió el polvo.

* * *

Aquella tarde, cerca ya las tinieblas nocturnas, hizo el sargento Enrique Foole su entrada triunfal en el Fuerte.

—¡Ya verás qué recibimiento nos hacen, muchacho! Por lo menos una ovación no hay quien nos la quite de encima.

Pero ocurrió que el soldado de centinela en la puerta, le dijo, al verle entrar tranquilamente en el Fuerte:

—¿Por qué descarga usted aquí? ¿No sabe que los paisanos no pueden ser admitidos en el Fuerte?

—Hombre... Yo no soy un paisano precisamente...

—¡A ver, menos historias! ¡Enséñeme sus documentos!

—Sí, amiguito, sí... Mis papeles... ¿Dónde estarán mis papeles? ¡Ah!... En la cartera, ¿verdad, Jacobito?

El soldado se impacientaba.

Apareció Mary, que iba a ver a su padre. Reconoció al paisano que la salvó de las bajas intenciones del capitán Blake.

—¿Es usted?...

—Sí, señorita... Soy yo... Y me encuentro en una situación apurada... Me piden papeles... ¿Cuántos papeles he de tener?

—Los necesarios para acreditar su personalidad, paisano.

—Ya le he dicho a usted que yo no soy paisano, aunque lo parezca.

—Es que no se puede entrar en un Fuerte así como así—intervino Mary.

—Si este es el Fuerte Summer y el coronel Owen es su comandante, yo tengo muchas cosas que hacer aquí.

—¿Cómo se llama usted?—preguntóle el soldado.

—Foole, amiguito... El sargento Foole.

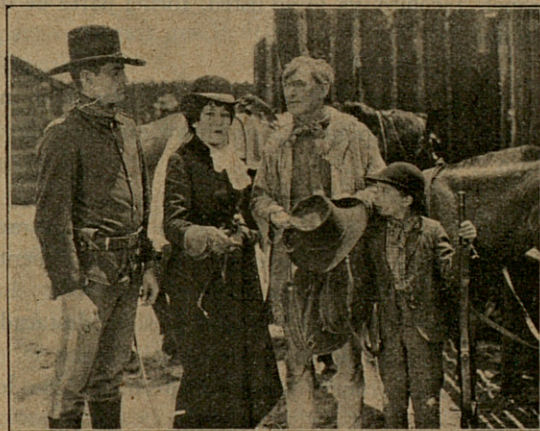
—¡Ah! ¿Un sargento?

—¿Por qué no ha de vestir de paisano un militar?

Mary despidióse afectuosamente del que la libró del capitán, y fué a anunciar su llegada a su

padre, que se encontraba en conversación importante con el segundo.

El capitán tenía muchos deseos de conocer al sargento, y cuando éste compareció ante el coro-



—Si este es el Fuerte Summer y el coronel Owen es su comandante, yo tengo muchas cosas que hacer aquí.

nel, acompañado de Jacobito, no pudo reprimir una mueca de enojo. ¡El paisano de los puños de hierro era el mismo sargento Foole!

Los dos hombres, que ya eran enemigos antes de conocerse, miráronse profundamente... pero Foole fingió no haberle visto nunca.

El coronel dió la bienvenida a Foole, y como en la carta de presentación no había ningún párrafo que se refiriese a Jacobito, preguntó por qué estaba allí el muchacho.

—Debe tratarse de una equivocación, mi coronel. Jacobito, ya lo ve usted, forma parte de mi equipo.

—¿Es su hijo?

—No, señor... Hijo, lo que se dice hijo, no lo es; es un amiguito a quien yo quiero como a hijo...

—Me salvó la vida, señor.

Rápidamente, el sargento hizo callar al muchacho, pues frente suyo se hallaba el teniente Owen y acababan de reconocerse.

—¿Sabe usted para qué ha sido destacado aquí?—continuó el comandante del Fuerte.

—Sí, mi coronel: para entendérmelas con los indios.

—Pues, a ver cómo se porta usted.

Foole se hizo enseñar su habitación, y tomó posesión de la misma con Jacobito.

Aquella noche, sonaban voces bélicas en el campamento indio de "Nube Roja".

Carlos Querrils, el mestizo, era el que en el consejo que celebraban los pieles rojas, tenía la voz cantante.

—El jefe blanco ha traído un nuevo espía para que sorprenda nuestros secretos. Dentro de una

luna, cuando lleguen los fusiles, nos levantaremos en armas contra los infieles.

El capitán Blake, para tener influencia sobre el padre por el hijo, se mostraba un gran amigo del teniente, y se le presentó una ocasión en el juego para conseguir que le debiese una suma de regular importancia.

—No sigo... Lo he perdido todo.

—Sigue jugando con tu firma. Eso es suficiente para mí. Tratándose de amigos...

Débil en todos los terrenos de la vida, el teniente empeñó su firma, y también perdió.

Foole interrumpió la partida yendo a avisar al capitán Blake que el coronel deseaba hablarle.

A poco, en el despacho del coronel, el capitán y el sargento estaban pendientes de sus palabras.

—Pienso enviar al sargento Foole en una misión de reconocimiento esta misma noche—dijo el jefe.

El capitán disimulaba el interés que encerraba para él aquel asunto.

—Con mucho gusto, mi coronel—respondió el sargento—. Pero me gustaría utilizar un caballo que está fuera del Fuerte esperándome.

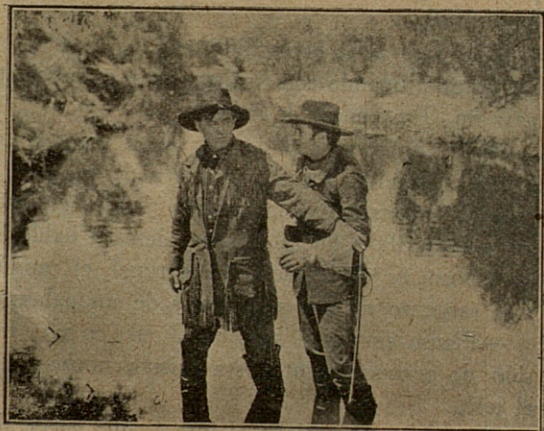
—En verdad, me parece muy extraño su ruego, sargento Foole.

—Mi coronel, si a usted le da lo mismo, yo quisiera que me permitiese usted realizar mis ex-

ploraciones como tengo por costumbre: eligiendo yo el momento y la forma.

—No tengo inconveniente...

Y aquella noche, mientras dormía el Fuerte, Foole saltó por la empalizada y montó el caballo que le esperaba.



—Es lo menos que podía usted hacer.

Al llegar cerca del río, vió a unos indios, y a pesar de que logró hacerlos retroceder, cayó herido de un balazo en el agua, ayudándole a salvarse el teniente Owen, que había salido del Fuerte, mucho antes, para olvidar, en plena naturaleza, sus pérdidas en el juego.

Al ver al teniente, el sargento se negó a que le auxiliase, censurándole con su actitud severa su conducta pasada...

El miedoso se disculpó, la voz en súplica:

—Me avergüenzo de mirarle a la cara, sargento... ¡Oh, si usted supiese cómo me he odiado a mí mismo desde aquel día!

—Es lo menos que podía usted hacer.

—Por favor, sargento, haga usted un esfuerzo para comprenderme! ¡Yo he sido así toda mi vida... siempre me ha inspirado un miedo loco la muerte!

—Sí, creo haber oído alguna vez que hay gentes capaces de las mayores vilezas por salvar la piel... Pero no tema, muchacho. No seré yo quien descubra su secreto.

—Gracias... gracias... Es usted un hombre cabal.

—¡Bah!... Un hombre nada más, muchacho...

* * *

Para desesperación del coronel Owen, seguía, cada vez en mayor escala, el contrabando de fusiles.

Una semana después, el comandante del Fuerte,

respetando la herida, casi curada ya, del brazo de Foole, encargó de la misión que éste no había podido cumplir, a otro soldado.

El sargento celebró infinito quedarse en el Fuerte, pues si bien no realizó la misión que le fué confiada, no podía dudar de algo que era como la inutilidad de dicha misión...

¿No era de extrañar que aquella noche que él salió del Fuerte misteriosamente, le esperase un pequeño grupo de indios?

Mary se complacía en tener a su lado al sargento, y muchas veces lo conseguía, sino directamente, por medio de Jacobito, que la quería mucho, como a una hermana, pues lo trataba con la mayor ternura.

El capitán Blake se mordía los puños ante los desprecios de Mary yendo con el sargento, y como los consideraba insoportables, le dijo delante de Foole, abusando de su superioridad jerárquica:

—¿Desde cuándo la hija del coronel cultiva la amistad de los sargentos?

Por toda respuesta, Mary manifestó al oficial:

—La verdad, Blake, no me había enterado de que le hubiesen nombrado mi guardián.

Y se alejó con Foole, que se reía.

—¿De qué se ríe usted?—preguntóle Mary, haciéndolo a su vez.

—Lo que usted acaba de hacer con el capitán, es lo mejor para sacarle los colores a uno... pero

como él no tiene, se ha contentado con sonarse... Los hay que nacen con mala pata, ¿no le parece?

—Y los hay también que tienen una suerte...

—Los hay de todas clases, señorita.

—Y usted, ¿a cuál de ellas pertenece?

—A la de los últimos. No hay más que ver mi cara.

—Es usted un hombre muy divertido, sargento.

—Quizá, señortía, pero puedo asegurarle que es de nacimiento.

—Dígame algo acerca de su vida.

—Poco hay que decir. Nací por estos alrededores, peleé algunas veces con los indios... Nada. Crea usted que no soy un hombre interesante.

Mary le miraba... y para sí misma desmentía la modesta confesión de Foole. Para ella, él era un hombre muy agradable.

El capitán Blake, en vista de que el teniente Owen era tan amigo del sargento Foole, y que Mary lo había desengañado definitivamente, consideró superfluas sus consideraciones con el primero, y le reclamó el pago de las deudas contraídas en el juego algunos días atrás.

—Creo que ya es tiempo de pagar lo que me debes, Owen. Estos días ando muy necesitado de dinero.

—Ahora no puedo, Blake. Yo te prometo que...

—Nada de demoras, chico. O me pagas, o le presento la cuenta a tu padre.

—¡Eso no, Blake! ¡Sería el descrédito para mí y para mi padre! ¡Espérate unos días, te lo suplico! ¡Yo buscaré el dinero!

Mary pudo arrancar a su hermano el motivo de su preocupación, al encontrarle solo en el Fuerte, y para remediar en lo posible la situación, prometió ayudarle. Para ello la joven fué a ver a su padre.

El coronel, a pesar de su habilidad en el manejo de la espada, no pudo evitar el "sablazo".

—Papaíto, quiero ir a Potersville a comprarme un vestido y algunas cosillas más... Necesito dinero.

—No tengo, hijita. Pero el correo del Oeste llegará esta noche con nuestras pagas... Deja las compras para mañana.

El teniente oyó lo que decía su padre respecto a la llegada del correo, y llevóse las manos a la frente, como para rechazar una idea que se había apoderado de su cerebro instantáneamente.

La noche había descendido sobre la tierra.

El correo del Oeste, el orgullo de las praderas, devoraba las distancias.

Guiado siempre por su espíritu cobarde, el teniente Owen había concebido un plan criminal: robar el correo del Oeste.

Mientras el indigno oficial se preparaba para

el asalto, en el salón de la Comandancia se celebraba una pequeña fiesta.

Jacobito se hallaba sentado al pie de la casita que le albergaba con Foole, y de pronto vió una sombra escurrirse por la pared y luego trepar hasta la altura de la empalizada, y desaparecer hacia fuera.

Se preguntó la causa de aquel misterio, y al acercarse a la empalizada, encontró un pañuelo de cuello agujereado en dos sitios, a poca distancia un agujero de otro. Sin duda, aquello estaba preparado para servir de máscara.

Bromeando, Jacobito se puso el pañuelo en el rostro, y como Foole acababa de salir del salón de la Comandancia, donde estuvo haciendo el ponche, porque una solterona neurasténica y escalofriante—por lo fea—no le quitaba ojo y hasta se lo giñaba, fué a su encuentro apuntándole con un pedazo de rama de árbol retorcido, a guisa de revólver.

—¡Manos arriba!

Foole se rió, pero al saber que el pañuelo se le había caído al teniente Owen al saltar la empalizada, sospechó algo anormal, y salió en su seguimiento.

Pero antes dijo al niño, en quien tenía absoluta confianza, como en sí mismo:

—Anda a acostarte, hijito... y nunca, suceda

lo que suceda, digas nada de lo que has visto esta noche.

En el camino, el teniente, convenientemente apostado, salió al paso del correo amenazándole de muerte si no le entregaba el dinero de que era portador.

El correo reconoció al teniente, y al pretender resistirse a obedecerle, sintióse atravesado de un balazo.

El teniente huyó, con el dinero, y al poco llegaba Foole al lugar del suceso, encontrando moribundo al correo.

—¿Quién ha sido, muchacho?

—No me cabe duda... Ha sido... el teniente... Owen...

Y allí quedó el fiel cumplidor de su deber.

De regreso al Fuerte, Foole enfrentóse al momento con el criminal.

—Silencio. Su conciencia intranquila le delata. Además, estas prendas que ha dejado usted tras de sí, son suficientes pruebas para condenarle. ¿Sabe usted que ha matado a un hombre?

—¿Matado? ¿Ha muerto? ¡Oh, Dios mío! ¡Yo no lo quería matar! ¡Fué un accidente!

—Por *accidentes* como ése, algunos infelices fueron fusilados en el Fuerte de su padre.

La noticia del asesinato del correo del Oeste, cundió rápidamente por el Fuerte.

Loco de espanto, el teniente suplicó piedad a Foole:

—¡Por favor, no me entregue usted! ¡Todo el mundo sabrá que soy un soldado cobarde y ladrón! ¡Piense usted en el dolor de mi pobre padre! ¡Y mi hermana, mi buena hermana! ¡Se destrozaría su corazón!... ¡Por Dios, por su madre, Foole, no permita que me prendan!

El sargento vaciló... pero el recuerdo de Mary...

—No sé todavía lo que puedo hacer por usted... pero en mi dormitorio lo pensaré. De todos modos, usted no diga ni una palabra, aunque se hunda el mundo.

* * *

Practicadas las primeras diligencias, se vino en conocimiento de que los indios no habían sido los autores del asesinato... y se supo que el único que salió del Fuerte era el sargento Foole, que lo hizo por la puerta, saludando al centinela, que le detuvo para comprobar su personalidad.

Las apariencias condenaban, pues, al sargento, y el coronel mandó detener, para amargura de Mary, arrepentimiento del teniente, y satisfacción del capitán Blake, que veía descartado un enemigo de cuidado...

Foole, interrogado, no declaró que él era el autor de la muerte del correo, limitándose a tolerar que le acusaran como tal, pues habiéndose encontrado el dinero debajo del colchón de su cama, donde él lo había hecho desaparecer de la habitación del teniente, era inútil decir algo que fuese más elocuente que el mismo dinero del asesinado.

Jacobito estuvo a punto de explotar de indignación al ver que se condenaba a su buen sargento; pero éste le puso una mano en los labios, y murmuró:

—Cállate, hijito. Hay cosas que tú no comprendes todavía, pero que un hombre pone por encima de todo.

Celebróse consejo de guerra, que sentenció al "asesino" a la pena de muerte.

Pero mientras el sargento Foole sufría la vergüenza de verse degradado ante sus compañeros de armas, los indios hacían su llamamiento a la guerra.

—¡Vamos a Potersville, hermanos! ¡Las tropas están en el Fuerte! ¡Es la gran ocasión para caer sobre los hombres blancos!

Y pronto en Potersville oyóse el grito de alarma:

—¡Los indios!... ¡Los indios!

Hasta el Fuerte llegó la noticia del ataque de

los indios al pueblo, y las tropas, al mando del comandante, partieron velozmente.

Por primera vez el teniente quedaba en situación de comandante del Fuerte.

El sargento había sido encarcelado, y a la reja de su encierro se hallaban Mary y Jacobito, dedicándole sus mejores palabras, convencidos uno y otro de que él no era culpable.

Las tropas del Fuerte llegaron demasiado tarde a Potersville, que ardía horrosamente, y poco después, en el camino volaban los indios hacia el lugar de donde habían partido dichas tropas.

El plan de los indios era excelente. Mientras las tropas se hallaban en Potersville, ellos se dirigirían al desguarnecido Fuerte, y tomarían posesión del mismo antes de que aquéllas regresasen.

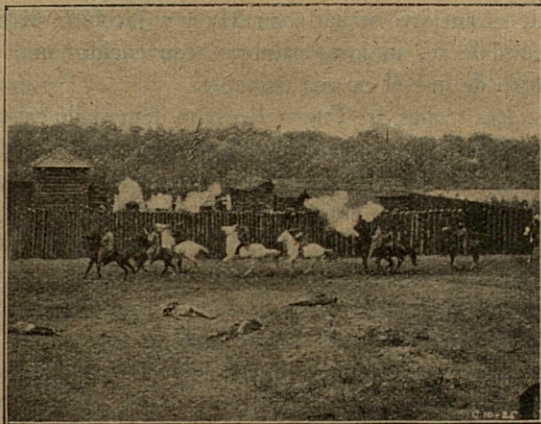
Los pocos hombres que había en el Fuerte se dieron cuenta del grave peligro que corrían al distinguir a los indios desde lejos, y se dispusieron a defender sus vidas y su pabellón.

El teniente, aterrado por el miedo, permanecía inactivo, y Jacobito logró que se abriese la celda donde estaba encerrado Foole, para que éste tomase el mando de la defensa.

Lo primero que hizo el sargento fué entrevistarse con el teniente, estimulándole a redimirse de un pasado sombrío.

—Es la ocasión de saldar su cuenta, muchacho. ¡Pórtese como un valiente!

Owen vaciló mucho, pero al fin, estrechando la mano del sargento, como si presintiera su muerte, salió a combatir; y desde aquellos momentos la defensa del Fuerte fué brillantísima.



...la defensa del Fuerte fué brillantísima.

Jacobito se deslizó por una especie de madriguera al otro lado de la empalizada, y montando un caballo desapareció hacia Potersville, para encontrar en camino las tropas, a fin de que éstas se apresurasen a llegar al Fuerte acosado de salvajes.

Owen se portó como un héroe, pero no salió indemne de la lucha.

El sargento le vió caer, y su ira fué tanta, que en un momento derribó a numerosos cobardes, entre ellos el espía Querrils, que pasó a ocupar su puesto en el calabozo.

Las tropas llegaron y gracias a ellas los indios fueron vencidos totalmente y alejado el peligro.

En el despacho del coronel, el sargento hizo las siguientes declaraciones:

—Ahora, mi coronel, es cuando puedo darle la información que usted me pidió. El traidor que se entendía con los indios y efectuaba con ellos el contrabando de armas, está en esta habitación.

—¿Dónde?

—Es el señor—terminó diciendo, señalando al capitán Blake.

Una prueba innegable la constituía una nota hallada encima de Querrils, escrita de su puño y letra, que decía:

Di a "Nube Roja" que los fusiles estarán mañana en el sitio de costumbre.

Blake

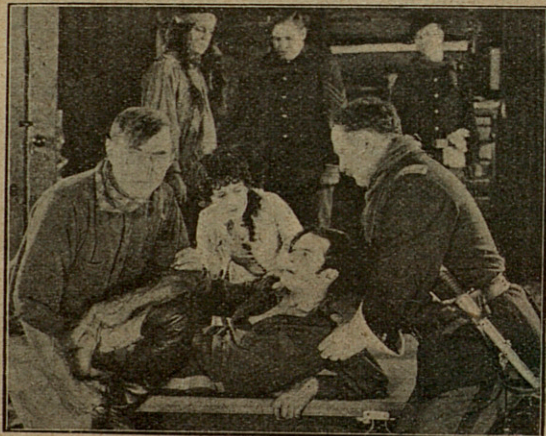
—¡Entregue su espada!—ordenó el coronel al indigno capitán, abofeteándole con la mirada.

Una camilla fué introducida entonces en el despacho de la comandancia. El teniente se moría en ella.

Mary y el sargento, muy juntos, miraban con honda emoción al pobre muchacho. Mary no se

atreví a llorar, sino que, para consolar al herido, procuraba sonreírle.

El coronel comprendió que su hijo se moría, e inclinóse a recibir sus últimas palabras, haciendo un esfuerzo sobrehumano para contener su dolor.



—...Foole es un hombre sin tacha...

—Papá, muero como un hombre... pero había vivido siempre como un cobarde... Foole es un hombre sin tacha... Yo... El lo sabía todo... pero calló... El no quiso que yo hablase, por tí, por Mary... Ellos se quieren, padre... Foole no asesinó a nadie... Al correo lo maté yo... Debí dinero a Blake... Perdón, padre... Me... muero...

Todos los rostros miraban fijamente el del teniente, y vieron como sus ojos se cerraban para siempre.

Mary estrechó el brazo del sargento, y destrozaba un pañuelo entre sus dientes. No se atrevía a llorar fuerte, y en aquel silencio oyóse el desgarrar de un pecho fuerte y noble: el coronel sollozaba.

* * *

Es virtud del militar saber recompensar, y el premio que recibió el sargento, fué una mujercita encantadora: Mary, con la que alcanzó la máxima felicidad.

Jacobito se frotaba las manos. También él salía ganando.

FIN

Con esta novela exija usted la postal de Pauline Starke

COLECCION USTED LOS
SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TÍTULOS SON
LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. — El joven Medardus. — Los enemigos de la mujer. — Una mujer de París. — El Corsario. — Para toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La Hermana Blanca. — El milagro de los lobos. — ¡¡París...!! — Venganza de mujer.

Precio de cada libro:

UNA PESETA

Teresa de Ubervilles — Maciste, Emperador. — Lirio entre espinas. — El que recibe el bofetón. — Rómula. — Janice Meredith. — El Fantasma de la Ópera. — El trono vacante. — El Caid. — Madame Sans-Gêne. — América. — Cuando las mujeres aman. — El Capitán Blood. — Más fuertes que su amor. — Ella... — Demasiadas mujeres. — Nobleza baturra. — Cenizas de odio. — El Rajá de Dharmagar. — El difunto Matias Pascal. — La marca de fuego

Precio: **50 cts.**

Esta semana:

LOS HIJOS DE NADIE

(Nueva edición)

¡ACONTECIMIENTO EXTRAORDINARIO!

IMPORTANTE

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan, de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España.

¡¡ Es, pues, el momento de completar las colecciones !!

IMPORTANTE

A los corresponsales

Con el fin de que puedan contentar a todos sus clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas sus publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES, S. A., Barbará, 16, BARCELONA; Ferraz, 21, MADRID; Ferrocarril, 20, Irún.